

Intervención Belisario Velasco B
Congreso educación Católica -18 de octubre de 2006

Los tiempos que corren son propicios para hablar de educación. Hoy el país tiene disposición no sólo para reflexionar en torno a esta materia, sino que amplios sectores están decididos a impulsar los cambios profundos que se necesitan.

Desde el gobierno estamos optimistas frente a los resultados que este gigantesco esfuerzo de mejoramiento del sistema educacional chileno arrojará en los próximos meses. Entendemos que hay quienes preferirían que las transformaciones vayan a un ritmo más acelerado. Pero confiamos que la prudencia y la paciencia sean una buena consejera.

Porque necesitamos algo de tiempo para hacer las cosas bien, y, hacer bien las cosas, significa que la nueva educación chilena encare, frontalmente y para el largo plazo, las serias deficiencias de que adolece.

Esto, porque la educación en Chile siempre ha sido un tema público, en donde han confluído las apuestas de futuro que generaron, con limitaciones conocidas, notables mejoras a lo largo de la historia. A nuestra generación, le corresponde recoger esas experiencias, buenas y malas, y dar un salto más ambicioso que ponga a la educación a la altura de los tiempos que corren en países más avanzados.

La educación chilena es fruto del aporte del conjunto de la sociedad, siendo el del Estado notoriamente significativo.

Pero no sólo el Estado ha tenido un importante papel; otros variados sectores se han sumado a esta tarea común. La iglesia católica, su jerarquía y los laicos, han tenido un relevante rol desde los orígenes de Chile.

El Estado Docente se gesta a la par de la construcción de la República. En el proyecto innovador que la República implementó en el área educacional, se encuentran los primeros índices de cobertura y escolaridad, las tareas administrativas y los contenidos.

Este ejemplo nos sirve para demostrar que aunque nos muevan fuertes impulsos y traigamos aires de transformaciones innovadoras, todo cambio se afirma en los avances que otros realizaron. Por eso se necesita tiempo, se requiere de la participación y el compromiso de todos, porque en un tema de política pública como éste, no basta con el concienzudo análisis de los especialistas, ni con la enérgica demanda de los estudiantes; son muchos más los involucrados, son todos los chilenos los llamados a construir esta nueva educación.

Nadie debe quedar fuera: allí están los profesores y su visión, los alumnos con su compromiso de futuro, los padres y apoderados vinculados al quehacer educativo cotidiano, las instituciones académicas técnicas y superiores adelantándose al presente, las corporaciones y fundaciones educativas, los municipios, las empresas, las autoridades, los parlamentarios.

Y sabemos, también, que allí estará, como siempre, la Iglesia Católica. Por su compromiso social, por su historia, porque cree firmemente que por medio del mejoramiento de la calidad de la educación se mejora la

calidad de vida, se supera la pobreza, el nivel cultural y la nobleza de las relaciones humanas de un pueblo.

Los obispos hace un tiempo, en su documento de reflexión: ***”Educación, familia y pluralismo”***, reforzaron esta vocación histórica de la jerarquía eclesial. Indicaron allí que el Estado debe proteger el derecho de toda persona a una educación rica en conocimientos y valores, “también vigilar la aptitud de los maestros, velar por la eficacia de los estudios, mirar por la salud de los alumnos y por el bienestar de sus familias, y promover, en general, una educación equitativa y de calidad”.

Como Gobierno no podemos sino compartir esta visión y, en la búsqueda de garantizar este rol del Estado, enviamos un proyecto de reforma constitucional que garantiza la calidad de educación para todos los niños y niñas de Chile.

Sabemos que, en un principio, la reforma despertó ciertas dudas. Más de alguno planteó su preocupación porque la libertad de enseñanza

podría verse disminuida; otros sostenían que la calidad y libertad eran objetivos incompatibles.

El tiempo ha ido aclarando el sentido de la reforma y el gobierno ha sido explícito en manifestar que su intención es igualar calidad y libertad, propósito que, sin duda, será enriquecido en el Parlamento.

En este espíritu y recogiendo las reflexiones de los obispos, reiteramos nuestro llamado a que los parlamentarios de la Alianza por Chile, apoyen esta reforma, que es la base de las grandes transformaciones que a partir de ella se llevarán adelante.

En nombre del Gobierno de Chile, quiero esta mañana hacer un reconocimiento a la contribución que la Iglesia Católica chilena ha hecho por la educación en nuestro país; y recoger, al mismo tiempo, las ideas y proposiciones que resulten de este evento. Estoy seguro que ellas serán una reflexión seria sobre el futuro, como las que siempre la Iglesia ha entregado para discernir el bien común de los chilenos.

Muchas Gracias